

F
237
AS

65422

177 P. 11 5/11

EROS, KRONOS, METER,

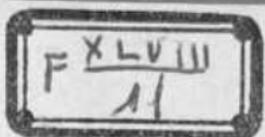
POR

172
D. GERMAN SALINAS.

SEGOVIA:

—
IMPRESA DE SEGUNDO RUEDA.—JUAN BRAVO, 20.

1879.



D-86-1

Sig.: F 237 AS

Tit.: Eros, Kronos, Meter

Aut.: Salinas, Germán

Cód.: 51078378



F AS

EROS, KRONOS, METER,

POR

D. GERMAN SALINAS.



SEGOVIA:



IMPRESA DE SEGUNDO RUEDA.—JUAN BRAVO, 20.

1879.

R.10.098

EROS.

—

EPÍSTOLA.

I.

¡Floron de la arrogante Andalucía!
Perdona si á escribirte me propaso;
Yo no puedo sufrir un solo dia
El incendio voraz en que me abraso:
En vano de agua, cual la nieve fria,
Llevo á la boca el cristalino vaso,
Y una y mil veces lo devoro ciego...
¿Qué vale un rio para tanto fuego?

II.

¡Quién me dijera á mí, que indiferente
De tierno afecto al enojoso nudo
Y libre de temores, cual valiente
Que entra en la lid sin yelmo y sin escudo;
Quién me dijera á mi, que de repente
Me asestara su dardo mas agudo
El iracundo dios, y me venciera
Sin que su golpe resistir pudiera!

III.

Nécio de mi! juzgaba las mujeres
Del universo encantador adorno,
Y cuanto bellos, incapaces seres
Para encender del corazon el horno
En la llama de estáticos placeres,
Cual mariposa de la lumbre en torno;
Mas ¡ay! ante el poder de tu belleza
Humillé avergonzado la cabeza.

IV.

Como el que sale de caverna umbría,
Que si se queda atónito mirando
El luminar espléndido del día
Que viene las tinieblas desterrando,
Torna de nuevo á su ceguera impía
En espantosa lóbreguez quedando:
Tal impresión sobre mis ojos hizo
De tu hermosura el celestial hechizo.

V.

Y en balde, en balde con firmeza arrostro
El conjunto de gracias singulares
Esparcidas sin término en tu rostro,
Que rinde corazones á millares;
Que á su violencia con fervor me postro,
Como el alma devota en los altares,
Cuando sus preces místicas dirige
Al Soberano que los orbes rige.

VI.

Que ese rostro en el cielo modelado,
Perdona á mi pasion tanta osadía,
Antes que en ti, ya estaba delineado
Dentro de mi hervidora fantasía:
Los ángeles hicieron su traslado,
Que á tanto no alcanzó la musa mía,
Y hoy me parece en su perfecta copia
Ver de mi creacion la imagen propia.

VII.

Ah! no te llene de estrañeza que ande
Sujeto á tu atraccion mi indócil cuello,
Ni temas que importuno te demande
Favor que monte menos de un cabello:
Yo te amo como todo lo que es grande,
Como se debe amar todo lo bello,
Con el amor de lo alto descendido,
Que halla en la tierra su inocente nido.

VIII.

Con ese amor que embriaga la milicia
Que junto al trono del Creador se asienta,
Como ama el tierno niño y acaricia
El pecho maternal que le alimenta:
Como adora del viejo la codicia
A los caudales á que pasa cuenta
Sin ver jamás saciado su apetito
Gigante que rebasa lo infinito.

IX.

Tu no sabes, bien mio, cuantas veces,
Envuelta de la noche en los crespones,
A los ojos de mi alma te apareces
Vestida de inmortales perfecciones;
Cual mi razon ya debil enloqueces
Con rico torbellino de ilusiones,
Que hace estallar la fantasía loca;
Como el volcan la calcinada roca.

X.

Ya creo que, tomándote la mano
Que inmenso ardor bajo la nieve cubre,
Atravesamos de jardín lozano
La estrecha senda que el parral encubre:
Ya creciéndome intento del manzano
Frutecido arrancar, las que descubre
Aureas, bellas, sazonadas pomas,
Que destilan riquísimos aromas.

XI.

Ya ligando mi brazo á tu cintura
Opacas siestas á gozar te llevo,
Y aspiramos del valle la frescura
Bajo la sombra de punzante acebo;
Y mi ser se trasforma y desfigura
Y cobra aliento desusado y nuevo,
Y cual grano de arena ó vil arista
Se borra el universo de mi vista.

XII.

Pero ¡ay! que son espléndidas quimeras
Que el pensamiento en su delirio fragua,
Imágenes de ondinas hechiceras
Que la paleta dibujó en el agua,
Chispas que desvanécense ligeras
Al resurtir de la candente fragua,
Que con su brillo seductor me hechizan,
Y mi pobre cerebro volcanizan.

XIII.

Por favor, no te enoje que te mire,
Y en estancias poéticas te alabe,
Que en el paseo público te admire
Y que en secreto la pasión me acabe;
Y que tu nombre murmurando espire,
Ay! como espira en la arboleda el ave,
Que del plomo al sentir la abierta herida
Pierde cantando la risueña vida.

XIV.

Que si tal prohibirme pretendieras,
Yo, que hoy me reconozco tu vasallo,
Quebrantara tus órdenes severas.
¿Qué más puedes pedir, viendo que estallo,
Como granada rota en las trincheras,
Y el sentimiento que me embarga callo,
Y en el silencio mi pesar devoro,
Y me escaldan las lágrimas que lloro?

XV.

¿Más qué le importa á la beldad triunfante
Que en abatir nuestra soberbia goza,
El ay profundo del sencillo amante,
O el ruidoso gemir de quien solloza?
Como al juguete candoroso infante,
Los corazones que rindió destroza,
Y sin moverse á compasivo duelo
Arroja sus pedazos por el suelo.

XVI.

Y tu tambien siguiendo ese camino
Soberbia, y orgullosa te envaneces...
Imposible! Imposible! En tan divino
Vaso no caben tan amargas heces.
El talle airoso, como esbelto pino,
Que con soltura inimitable meces,
La tersa frente que la nieve baña,
Y ni una nube pasajera empaña.

XVII.

Tu voz donde parece que resuena
Un nido de celosos ruiseñores,
Tu cútis del color de la azucena,
Tu boca ramillete de mil flores;
Tu mirada vivaz, limpia y serena,
Que vibra rayos y cosecha amores,
Espejos son, en los que tu alma pura
Retrata su candor y su hermosura.

XVIII.

Por eso al punto que consigo verte
Disípanse cual humo mis enojos,
Y en grana mi megilla se convierte
Encendida por púdicos sonrojos;
Y avergonzado para no ofenderte
Humillo al suelo los audaces ojos,
Y me siento hasta el fondo estremecido
Al ligero rozar de tu vestido.

XIX.

Y, cual no se acostumbra ya en el mundo,
En adorarte mi alma se recrea
Con delirio febril, como el profundo
Pensador se entusiasma con su idea;
O como el génio del pincel fecundo
Con las beldades que en el lienzo crea,
Sin que le robe humana criatura
De su amor infinito la dulzura.

XX.

Tanto que si tu vista me cegara,
Agradable la noche me seria;
Si tu mano mi rostro lastimara
Con humildad tu mano besaria:
Y si tu labio de mi amor mofara
El escarnio mordaz bendeciria,
Adorando tus bárbaros desdenes
Como si fuesen inefables bienes.

XXI.

Y tu ¡oh mi carta mensajera! dime
Al momento que vuelvas de tu viaje,
Si en su pecho con júbilo te oprime,
O te desgarras con violento ultraje;
Si el alborozo su semblante imprime,
O se nubla con cárdeno celaje;
Ven á sacarme de inquietudes presta,
Y albricias te daré por la respuesta.

KRONOS.

AL ACUEDUCTO DE SEGOVIA.

O D A

DEDICADA AL MUNICIPIO DE LA MISMA.

Deten, ¡Oh caminante!
El atrevido paso,
Y hasta que se hunda en el remoto ocaso
La antorcha de los cielos rutilante

Llégate, llega á contemplar conmigo
Ese monton de peñas asombrosas,
Que un dia las vetónicas montañas,
Engendraron piadosas
Al íntimo calor de sus entrañas.

Oh! ¿Quién á tu presencia,
Acueducto, no admira arrebatado
Del génio la sublime omnipotencia?
Yo ví, yo ví pasmado
Tu fábrica arrogante,
Cual inmenso elefante
Cavado en roca viva,
Que impávido sostiene la techumbre
De la índica pagoda
Sobre la firme planta en que retriba:
Yo ví la mansedumbre
Con que al nacer humilde te elevabas,
Y la onda trasparente recogias,
Y luego tus columnas dilatabas,
Y alzando la titánica cabeza
Las altas cumbres rebasar querias.

Y á tu sin par grandeza,
Cien dudas mi razon avasallaron
En confuso tropel, y de repente
A mis trémulos labios asomaron
Que así prorumpen de tu mole al frente.

¿Cuál fué el alba primera
Que contempló tu fábrica gigante
Al sacudir la roja cabellera?
¿Qué ciclópeos brazos
Quebrantaron briosos
Las graníticas rocas en pedazos,
Levantando tus arcos magestuosos
Sin que el cemento los sujete y trave
En inmortales lazos?
¿Quién dó se oculta sabe
La férrea ligadura
Que la union de tus miembros asegura?
¿En qué copiosa fuente
El vigor renaciente
De la existencia tomas,
Que nunca la cerviz gallarda inclinas,

Ni destrozado en miserables ruinas
Con estrépito horrendo te desplomas?
¡Inútil preguntar! espeso velo
Tu caótico génesis encubre
De la razón al incansable anhelo:
Que cuanto mas se afana
Corriendo en pos de la verdad desnuda,
Mas el vapor sombrío de la duda
Oscurece su lumbre soberana!

—
¡Oh memorable puente!
¿Quién pudiese cantar tu ínclita gloria
Con voz que resonara eternamente?
Tú viste el cetro de la augusta Roma
Regir del orbe los contrarios senos,
Como el auriga los caballos doma
Con opresores frenos;
Y al vándalo salvaje,
Que á los cobardes Césares espanta,
Desafió tu poderosa planta
Sin apurar la copa de su ultrage
Al resplandor de la inflamada tea,

Ni al tajo de colérica framea:
Tú contemplar pudiste
Entre el asombro del vasallo mudo,
El bronceo escudo
Que entroniza al monarca visigodo,
Como torrente el árabe lo embiste
Y su corona sepultó en el lodo:
Del pujante Almanzor, que á la fortuna
Supo fijar la movediza rueda,
Viste lucir la ensangrentada luna,
Y ora ni el polvo de sus triunfos queda.
Ni te abrumó el austriaco señorío
Que con su peso fatigó á tres mundos,
Ni del Borbon el animoso brío
Al anglo, al luso, y al flamenco aciago,
Que presto sus laureles infecundos
Agostan el verdor que les reviste,
Y en el tremendo, universal extrago
Solo en pié tu grandeza se resiste.

Y el Corso audaz que amedrentada tiene
La vieja Europa, y en traidora saña

El pecho amigo de la noble España
Al festin de sus águilas previene,
Cierta noche sombría,
Que al siniestro fulgor de las estrellas
Gravó en tu campo sus feroces huellas,
Humillada escondió la adusta frente
Al escuchar así tu voz rugiente.

«¡Aparta, maquiavélico tirano,
Del conmovido suelo castellano,
Que si domarle á tus antojos fias,
Y enciendes su frenético coraje,
Y su tenaz constancia desafias,
Resolveré que asoladora baje
De mis hijos la cólera iracunda,
Que tus revueltas haces aniquile,
Y tu soberbia presuncion confunda.
Mueve á otra parte la arrogancia loca
Que á mortíferas lides te provoca,
Mira, que ya imagino que te veo
Amarrado, cual nuevo Promoteo,
De Santa Elena en la desnuda roca!»

Y el César presintiendo su destino
Ciñó su corazón de negro espanto,
Y cual bajo asesino
Huye el recuerdo de su inicua hazaña
Huyó del aire que su aliento empaña;
Y tú, Acueducto, en tanto
Arrebatado en júbilo sentías
Por las entrañas frías
Que del líquido humor rebosan llenas,
Saltar la linfa pura,
Que ondulante murmura,
Como la sangre hierve en nuestras venas.

Los siglos á los siglos se suceden,
Resbalan, cual minutos las edades,
A nuevas razas las antiguas ceden
Hundiendo soberanas potestades;
Del hado la carrera fugitiva
Hiere, trastorna, oprime y atropella,
Lo que levanta ayer, hoy lo derriba,
Y en el sepulcro sin piedad lo estrella:
Por donde quier en número infinito

Va sembrando reliquias lastimosas;
Y tú inmoble reposas
Sentado en tus cimientos de granito!

¿Qué privilegio raro?
¿Qué impenetrable escudo
De caduca vejez, al golpe avaro
Con tal empeño defenderte pudo?
¿De qué ¡gran Babilonia! las roquizas
Murallas, que en los fastos eternizas,
En la tremenda noche te sirvieron?
Sobre ellas tus campeones se durmieron,
Y escombros y cenizas
Al despertar de su letargo vieron.
¿Dónde los ojos buscarán, á dónde
De Menfis el dudoso laberinto?
¿Qué yermo de Persépolis esconde
El imperial recinto,
Dó usurpando á Jehová los atributos,
El déspota feroz, el Rey de Reyes,
Recibe adoracion, sangre y tributos
Del Asia corrompida por sus leyes?

¿Qué se hizo ¡oh musa! dime,
El templo de Salem, que del hebreo
Resonó con el cántico sublime?

¿Por qué no surca el animado Egeo
Del piloto Sidon la rica prora?

¿Por qué ¡ay! el Nilo llora
De Faraon los régios monumentos
Que sacrifican en altares viles
Al tropel de sus siervos, adorando
Como á supremos Dioses los reptiles?

—

El Partenon espléndido de Atenas,
Y las estátuas que talló Corinto
De gracia espiritual y vida llenas,
De Karnác las esfinges colosales
Que al errante viajero amedrentaban,
Las losas sepulcrales,
Maravilla del mundo,
Que al tronco inerte del esposo caro
Alzó Artemisa con amor profundo
¿A dónde están? ¿Qué fué de Alejandría
El eminente faro,

Que el pabellon nocturno descorria?
¿En qué desierto yace
El coloso titánico de Rodas,
Que ya no vibra cuando Febo nace?
¿Por qué ¡eh Circo Máximo! no enlodas,
Cual otros dias, tu menuda arena,
Con la sangre del bárbaro del Norte
Mezclada á la del tigre y de la hiena?
¿Dó se eleva el romano Capitolio
Que sublíma de Júpiter el solio?
¿Y del Panteon la bóveda que encierra
A los dioses del cielo y de la tierra?

—

Todo acabó! reales pavimentos
Alfombrados en pérsicos tapices,
Alimentan del musgo las raices;
Altars á los ídolos alzados
Del fanatismo en los robustos hombros,
Nos muestran sus escombros
Por inmundos escuerzos profanados:
Las mas nobles ciudades,
Ora son espantosas soledades:

Ya los vivientes mármoles de Paros
Ocultan mutilada su cabeza,
Tinieblas son los luminosos faros
Que doblan de la noche la tristeza!
Vasos, naves, estátuas, circos, templos,
Orgullo un día del poder humano.
Hoy de lástima son tristes ejemplos!
Solo á tí ¡eh Acueducto Segoviano!
Por escepcion gloriosa,
No alcanzan á ofenderte,
Ni del tiempo la saña rigurosa,
Ni los agudos filos de la muerte:
Y siglos á millares,
Sepultarán tus cárdenos sillares,
Y no temas que oculto terremoto
Despedazando el suelo
En sus fauces hidrópicas te trague,
O que la chispa eléctrica del cielo,
Por las sombrías tempestades roto,
En sus incendios consumirte amague
Que ni el rayo ni el hondo cataclismo
Se atreven á sumir en el abismo

Al coloso inmortal, cuya pujanza
Insulta de los tiempos la venganza.

¡Oh! que númen bendito
Tu solemne mision, con rasgos de oro
Así ha dejado al porvenir escrito;
Y así el celeste coro
La pregona á través de lo infinito:
«La fábrica suntuosa que enaltece
El atrevido génio del romano,
Que al pueblo con sus dones enriquece,
Y el bien sustenta del linaje humano,
Y en torno suyo derramando goza
Dicha, salud, fertilidad, ventura,
La corriente de límpida frescura
Que su seno dulcísimo alborozó:
Jamás el incesante
Giro del tiempo encanecer la vea,
Y jóven, y briosa, y arrogante
Asentada en columnas de diamante,
Eterna, como Dios, su vida sea»

METER.

CANTO.

I.

Cansado de bogar por el vacío
De opacas sombras y fantasmas lleno,
Víctima del fantástico extravío
Que hizo saltar de la razón el freno,
¡Oh madre Tierra! el pensamiento mío
Vuelve otra vez á tu fecundo seno,
Como retorna el ave pasajera
Al nido de su patria que le espera.

II.

Tú la sustancia de tu propio barro
En darme sin usura te conformas,
Y de mi tronco atlético y bizarro
Inmortalizas las severas formas;
Despues, sujeta á tu glorioso carro,
Desenvuelves, agitas y trasformas
En fases varias mi sustancia misma,
Como los rayos al través de un prisma.

III.

La brisa que murmura en tus montañas,
Me dió mas tarde vividor aliento,
El fuego que serpea en tus entrañas
Ornó mi corazon de sentimiento,
La viva claridad en que te bañas
De escrutador y agudo entendimiento
Y, por fin, de razon la eterna lumbre
Que irradia de los cielos la techumbre.

IV.

Y á pesar que á tus dones infinitos
Respondió con desvío mi jactancia,
Acudiste solícita á los gritos
Primeros ¡ay! de mi doliente infancia;
Regaláste me en vasos esquisitos
Néctar de tan suavísima fragancia,
Que recordando su sabor de nuevo
Pienso que arroyos de ambrosía bebo.

V.

Tu mandas á la espiga nutridora
Que en rico grano mi desvelo pague,
Ordenas á la linfa bullidora
Que en su líquido humor mi sed apague,
Y á la pomposa vid que Baco adora
Que en sus sabrosos jugos me embriague,
Cuando el febril delirio que me apena
La razon, como un loco me enagena.

VI.

Rizas en verde musgo el pavimento,
Donde reposo bienhechor disfruto;
Cubres de pompa el árbol corpulento
Que liberal me paga su tributo,
Cuando á mi mano el ímpetu del viento
Tuerce sus ramas que rebosan fruto,
Y á sujetarlas ávido me arrojo
Y de su dulce peso las despojo.

VII.

Mandas al escuadron de alegres flores
Que en impalpables átomos se exhalen,
Y en el aire esparciendo sus olores
A costa de su vida me regalen;
Que del Iris los múltiples colores
En sus hojas espléndidas señalen,
Vibrando tan hermosos reverberos,
Que dude si son flores ó luceros.

VIII.

Tú vistas con vellones las ovejas,
Y luego las ofreces á mi abrigo;
Haces hilar su miel á las abejas,
Y las guardas del zángano enemigo;
Mas á mi gusto saborearla dejas
Si con regueros de humo las hostigo,
Y les secuestro el líquido tesoro,
Que precian más que el avariento el oro.

IX.

Y el pez que boga como alada nave,
El obediente y generoso bruto,
El siniestro reptil, la tímida ave,
El árbol rico en sazonado fruto,
El alba con su púrpura suave,
La noche arrebozada en negro luto,
Y la onda del arroyo cristalina
Que llorando al Océano camina:

X.

La densa nube que el azul empaña,
La atraccion misteriosa del abismo,
La cima que corona la montaña
Y pretende escalar el cielo mismo:
El mar rugiente que sus talos baña
Mostrándome á través de su espejismo
Un mundo, de su seno en lo profundo
Mas risueño y feliz que nuestro mundo.

XI.

Cuanto prodigio por distinto modo
Arrojas de la vida al pujilato,
Con mano liberal me ofreces todo;
Y yo á tus dones, como siempre ingrato,
Te juzgo valle de miseria y lodo,
Y, cual madrastra, sin piedad te trato,
Y el desden de mi orgullo que te ultraja
Sobre mi frente de rechazo baja:

XII.

No nació, no nació, gritaba á solas,
Cual bruto innoble prosternado al suelo,
Quiero ceñir fulgentes aureolas,
Quiero emprender sobre la tierra el vuelo,
Quiero mecerme en las etéreas olas,
Quiero llegar hasta el confín del cielo,
Y sondear con ánimo inaudito
El arcano que oculta lo infinito.

XIII.

Y cruzo con tan rápida presteza
Por el espacio que ante mi se esplaya,
Que el vértigo trastorna mi cabeza
Y el corazon intrépido desmaya;
Sintiendo vacilar mi fortaleza
Busca mi vista la sonante playa;
Pero ¡ay! en el Oceano sin medida,
¿Quién hallará la tierra conocida?

XIV.

Arrastrado al compás de la locura
Que me empuja gritándome: «Adelante,»
Cual ave que traspasa la llanura
Que en sus hombros sostiene el gran Atlante,
Logré arribar á tan remota altura,
Y á ver nuestro planeta tan distante,
Que parecia un punto reducido
En el fondo sin límites perdido.

- XV.

Quedéme á su vision horrorizado
Y audaz mi ruta proseguí de nuevo,
Cual dragon escamoso provocado
Por las oscuras fauces del Erebo:
Luego, atraído por opuesto lado,
Con brio superior agito y muevo
Las alas de mi mente remadoras,
Cruzando siglos de distancia en horas.

XVI.

¿Visteis acaso la candente bala
Que con ronco y horrisono estampido
El hueco vientre del cañon exhala
Por la estallante pólvora encendido,
Que en rapidez vertiginosa iguala
Al rayo de las nubes desprendido,
Y llega á la distancia más remota
Extremeciendo el suelo donde bota?

XVII.

Pues con brio mayor y ligereza
De un mundo en otro mi carrera parte:
Aquí admiro de Vénus la belleza,
Allí la faz del tremebundo Marte,
De Júpiter la Olímpica grandeza
Que en dilatadas zonas se reparte,
El aspecto de Urano taciturno
Y el espléndido anillo de Saturno.

XVIII.

Más á lo lejos, contemplando estuve
La tempestad de fuego que vomita
El sol, á modo de rojiza nube
Que al condensarse trémula se agita;
Que ya á su centro se endereza y sube,
Ya contraria atraccion la precipita,
Ya va formando un orbe poco á poco
Al rededor de su expansivo foco.

XIX.

Allá moverse Océanos profundos,
Acá estenderse páramos desiertos;
Surgir por una parte nuevos mundos,
Estenderse por otra como muertos;
Unos la vida rebosar fecundos,
Otros sin vida por sus campos yertos,
Revolverse en continuo torbellino
Sin tropezar jamás en el camino.

XX.

Y especies mil de raros animales
Que sus lejanos orbes señorean,
Vastos rios, flexibles vegetales,
Que al mirarse en las ondas se recrean;
Y montañas de picos colosales
Donde los conos del volcan humean,
Lunas que vibran tibios resplandores
Templando de la noche los horrores.

XXI.

Y mil razas de humanas criaturas
De nobles almas y de acciones bellas,
Que en fuerzas nos esceden y estaturas
Cuanto á la tierra esceden las estrellas;
Y amorosas y cándidas y puras
Corriendo por los campos las doncellas,
Que rinden á los hombres que enamoran,
Y despues de rendidos les adoran.

XXII.

Senti el impulso que los orbes rige
Y recorrer sus órbitas les hace,
Y la inmutable ley que les dirige,
Y la fuente inmortal de donde nace,
La rienda que sus ímpetus corrige,
El destino que en polvo les deshace,
Atravesando hasta el confin extremo.
Do vive y reina el Hacedor Supremo.

XXIII.

Como sigue á pacífico venado
Del agrio matorral por la espesura
El sabueso feroz, que ya agarrado
Tenerlo en sus colmillos se figura,
Y por morder su cuello delicado
Al aire da terrible mordedura,
Sus blancos dientes rechinando chocan
Y espumarajos de ira le sofocan:

XXIV.

Gana terreno la acosada presa
Por la maleza del pendiente risco,
Llena de gozo al contemplar ilesa
La piel sedosa que libró al mordisco;
El ladrador le hostiga más apriesa
Trasformado en rabioso basilisco,
Hasta que al fin se rinde jadeante
Y su enemigo respiró triunfante:

XXV.

Con furia igual y con mayor empeño
Tras de mi objeto en proseguir me afano,
Y en las quimeras de mi vago sueño
Creo agotar el insondable arcano:
Ya pienso ser de sus misterios dueño,
Ya tocar lo infinito con la mano;
Mas ¡ay! al alcanzarlo mi coraje
Volví al principio de mi largo viaje.

XXVI.

Ébrio, desatinado, medio loco,
Olas de espuma como el mar vomito;
De horrendo crater en los bordes toco,
Y en su boca me arrojó y precipito;
Contra un peñasco calcinado choco,
Que me rechaza á un suelo de granito,
Y al golpe que los huesos me tortura
Conseguí despertar de mi locura.

XXVII.

Y allá á la sombra de ramoso techo
Que el olmo, cual tupido velo, extiende
Contrario al sol, sobre apacible lecho
Que en perfumes arábigos trasciende
De florecillas y de yerbas hecho,
El despertar del alma me sorprende;
Así como despierta vano ruido
A la doliente tórtola en su nido.

XXVIII.

Y viendo el paraiso de delicias
Que pródiga á mis ojos desplegaste,
Y al sentir el rumor de las caricias
Con que mi tersa frente regalaste,
Comprendí las solemnes injusticias
Que por mi causa, ¡oh Tierra! devoraste
Cuando llegué con ira á aborrecerte
Cual mansion del dolor y de la muerte.

XXIX.

La ola del mar solícita te besa,
La ráfaga del sol te fecundiza,
El viento nunca de orearte cesa,
La flor con sus caprichos te tapiza,
P r tu atraccion vencido se confies
El rayo que las nubes electriza;
Solo el genio titánico del hombre
Osó ultrajarte y maldecir tu nombre.

XXX.

Solo él pudo tan bárbaro estravio
En su alma alimentar y orgullo tanto,
Nuevo Luzbel que se rebela impio
En las simas del reino del espanto;
Babel que aguza su inesperto brio
Para escalar el cielo sacrosanto,
Y quiebra con horrísono hundimiento
Su torre construida sobre el viento.

XXXI.

No receles ;oh Tierra! que un instante
Pretenda mi mirada codiciosa
Ese cielo escalar, que huye delante
Del audaz pensamiento que le acosa:
Solo á tí vuelvo el corazon amante,
Solo tú me mereces por esposa,
Para gozar en repetidos lazos
Yo tus besos de amor, tú mis abrazos.

XXXII.

Y pues la cuna de mi infancia fuiste,
Y ahora me sirves de fugaz posada,
Cuando la edad de los achaques triste
Cierre mis ojos con su mano helada,
Por ese amor que siempre me tuviste
Que no amenguó mi ingratitud en nada,
Confío que he de hallar en tu ternura
Eterna y reposada sepultura.

XXXIII.

Pues todo al fin acaba su carrera:
La hoja en las alas sùtiles del viento,
La onda quejumbrosa en la ribera,
La estrella en el sombrío firmamento,
En la niebla la luz, la pasajera
Nube, en las gotas del turbion violento,
El eco de la voz en las montañas,
Y el hombre, ¡oh! sólo el hombre en tus
entrañas.

XXXIV.

¡Ah! Quiero suspenderme en tu regazo,
Como á los pechos de su madre el niño;
Y estrechar más y más el fuerte lazo
Con que tu seno fecundante ciño;
No me rehuses el postrer abrazo
Que por piedad te exige mi cariño;
Que el corazon sus fibras desgarrara
Si tu postrer abrazo le faltára.

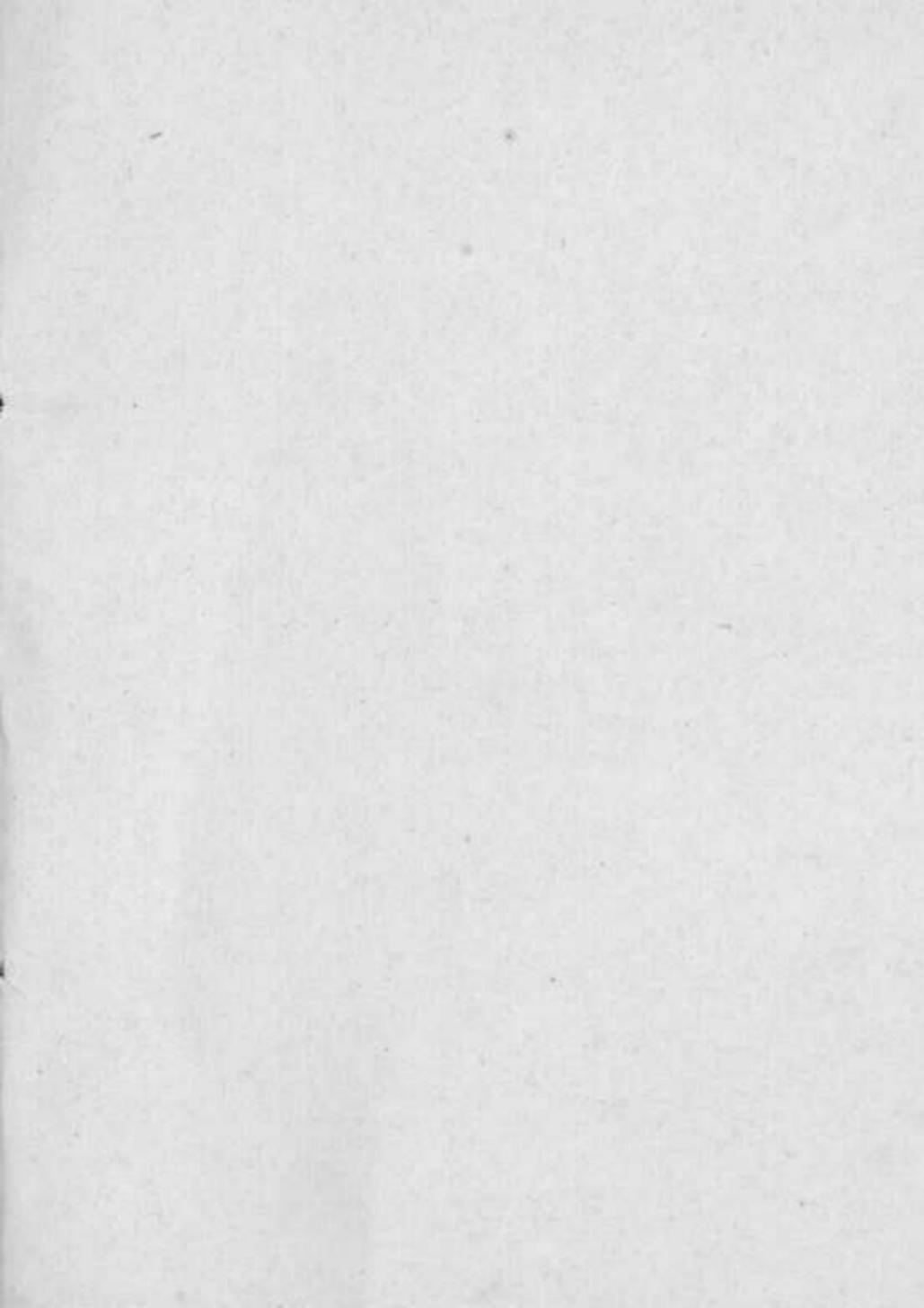
XXXV.

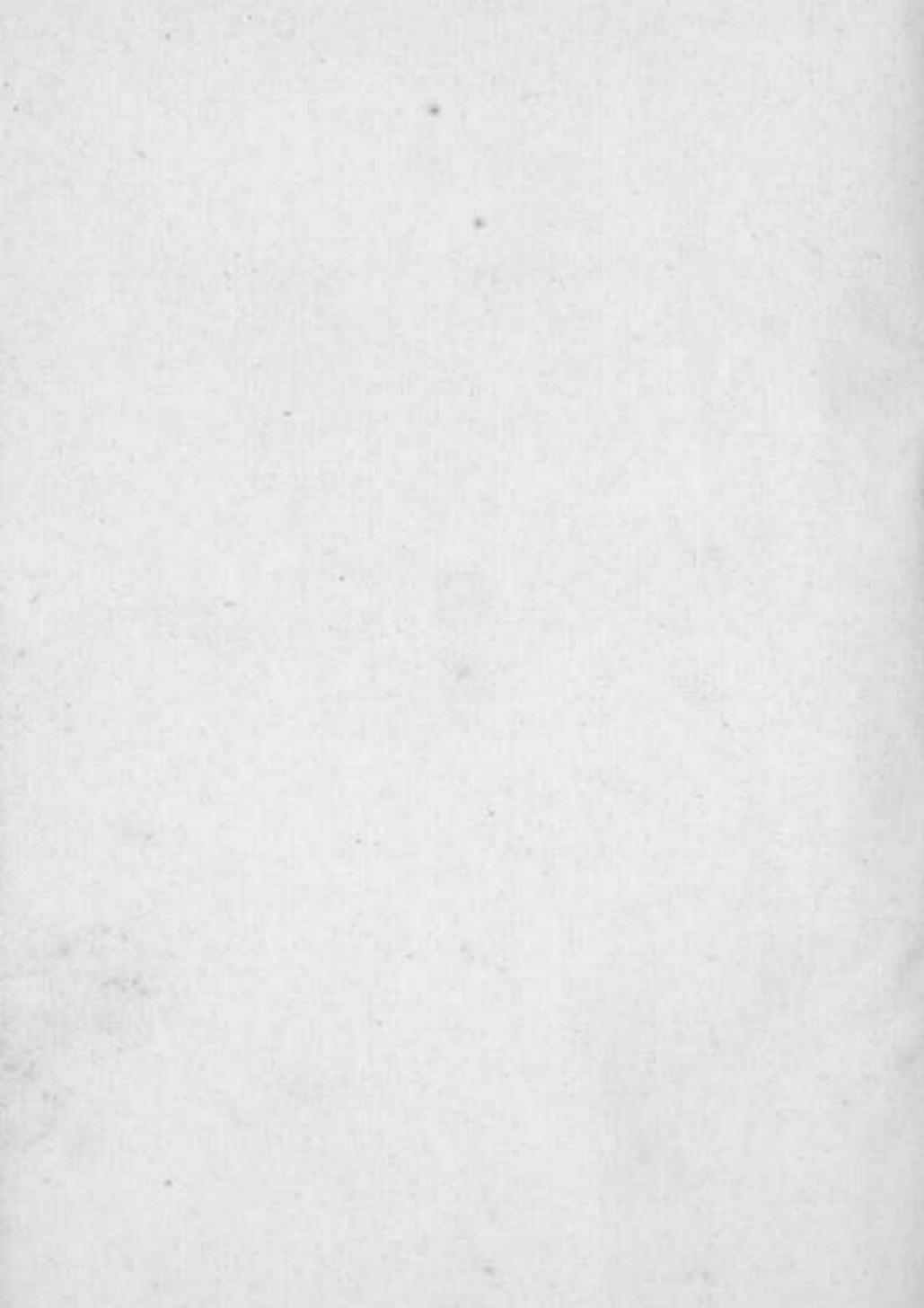
Y así que goce del descanso pío
Que hallar al fin de mi camino espero,
Como el húmedo brazo de hondo río
Que queda en el remanso prisionero,
No consentas brotar cipres sombrío
A mi lado, ni sauce lastimero;
Que el lecho de la paz y de la calma
No es tumba de terror para mi alma.

XXXVII.

Y si alguno á mi estancia se aproxima
A través de malezas y de abrojos,
Y pensativo se recuesta encima
Del polvo que aprisiona mis despojos,
Díle que no solloze, que no gima,
Que no enturbie con lágrimas sus ojos,
No sea que su llanto me despierte
Del delicioso sueño de la muerte.







PRECIO 3 REALES

PRECIO 3 REALES.

